

Tras los pasos de la mujer marchita venezolana

POR HÉVER AUGUSTO PÁEZ QUINTANA
OCAÑA

“Cuando va a comenzar la noche comienza tu día, maquillada con mil colores para lucir más, contame dónde está lo alegre de tu triste vida, vendiendo puñados de amores pa’ ganar el pan”. Y no solo el pan, también la leche, el arroz, el ñame y, si alcanza... la carne.

Así transcurren los días de Maleny, como el vallenato de Jorge Oñate, mostrando un rostro que no es el suyo, “mostrándole a tu espejo fiel la dura realidad”.

Esa realidad la vive desde hace un poco más de un año cuando, junto a sus dos hijos, salió corriendo de San Cristóbal, ciudad venezolana cercana a la frontera con Colombia, luego de que un grupo de guardias nacionales le dieran un ultimátum: “O se van o los sacamos”.

Con lo que tenían puesto, la mujer tomó a sus dos pequeños y, junto a un bolso cargado con ropa vieja, partieron hacia Cúcuta, Norte de Santander, ciudad donde todo empezó.

Los primeros pasos

Hace más de dos décadas, la protagonista de esta historia le dio forma a su vida amorosa. Para entonces conoció a Ramiro, un joven colombiano de origen pereirano y que andaba tras los pasos del sueño venezolano. “Le habían dicho que en Venezuela podía cumplir su sueño de vivir bien”, recuerda.

Por medio de unos amigos en común, Ramiro conoció a Marleny. “Fue eso que algunos llaman amor a primera vista”, dice. Apenas pasaban los veinticuatro años de edad cuando sintieron que su amor tenía futuro venezolano: “Nos fuimos para San Cristóbal, él trabajaba pasando mercancía para Colombia y yo en la casa”.

Los jóvenes disfrutaban de su amor y todavía esperaban para tener hijos. “Queríamos comprar algo primero, como la casa, que era lo más importante”. Cuenta entre risas que, gracias a la vieja bonanza del bolívar, la moneda venezolana, en alguna época lograron ahorrar para comprarse una vivienda: “Es una casa pequeña de dos cuartos, pero ya teníamos nuestro nidito de amor”.

Y fue en ese nidito de amor donde nacieron Diosymar y Yubimar, a los que llama “Mis amores, la razón por la que hago lo que hago”. Pese a que los recursos apenas alcanzaban para vivir, eran felices.

Así fueron sus mejores años, vivían tranquilos, pero sin lujos, hasta que todo empezó a cambiar.

Llegó la revolución

Cuando comenzó el gobierno de Hugo Chávez Frías, la situación no cambió mucho. Comenta esta madre que

recibían algunas ayudas, especialmente los mercados y la visita de un médico cubano cuando lo necesitaban.

Todo parecía indicar que la revolución del siglo XXI tomaba forma y que tanto venezolanos como extranjeros verían en sus manos la riqueza del país por los dividendos del petróleo. “Decíamos que ahora íbamos a estar mejor, tú sabes, cuando recibes algo gratis, nos empezamos a mal acostumbrar”, dice la venezolana mientras revisa lo que va a preparar de almuerzo.

Así pasaron los primeros años, sentían que todo estaba mejor que antes, pues su esposo continuaba llevando mercancía para Colombia y todavía no había muchos problemas entre el comandante Chávez y el expresidente Álvaro Uribe Vélez.

Los venezolanos, en su mayoría de los estratos más bajos, apoyaban con los ojos cerrados al nuevo gobierno, incluso, durante el golpe de Estado en el año 2002, que, como recuerda, “fue duro, no había vivido tan cerca eso, creo que ahí nos comenzamos a odiar los de abajo con los de arriba”.

Desde entonces el país se dividió definitivamente en dos: los chavistas y los antichavistas. Para muchos pobladores, que poco participaban de la política nacional, especialmente en municipios de la frontera, el ‘gusanito’ les comenzó a picar producto del discurso gubernamental y opositor.

Esta polarización no tenía precedentes. Desde que Alonso Pérez de Tolosa, un europeo que llegó en 1547 a tomarse el valle de Cúcuta, que luego se convirtió en San

Cristóbal, la lucha histórica de los venezolanos nunca había generado tanto odio ni tanta lucha entre ellos mismos.

“En Venezuela siempre había cosas con los militares, pero jamás algo así, donde nos atacaran a los civiles, siendo de la misma sangre de la misma tierra”, opina Marleny, quien agrega que para 2002, la situación era ya intimidante. “Aunque tratábamos de vivir normal, todo nos afectaba”. Las decisiones chavistas frente a la economía le daban un giro a la vida de esta familia.

Un periodo muy especial

En 2004 nació Diosymar. Esta mamá recuerda que su esposo —Ramiro— estaba contento, pues quería un varón y que físicamente se parecieran a él. Aún recibían las ayudas gubernamentales que les daban para subsistir. Luego, tres años después, llegó “la niña que Dios me regaló”, Yubimar.

Hasta ahí la crisis era manejable. La lucha por el poder en el país comenzó a dar más coletazos a toda la población. Como parte de una estrategia gubernamental, el chavismo comenzó a buscar enemigos en el extranjero y el caldo de cultivo lo encontró en Colombia y Estados Unidos.

Pero la afectación más grande fue cuando el presidente Chávez tomó varias decisiones que impactaron de manera directa en la economía, especialmente de aquellos que vivían del comercio negro entre los dos países.

Las fronteras se llenaron de militares y, como Ramiro, algunos se quedaron sin trabajo. Los comerciantes de cada país sintieron el golpe a tal punto que se arriesgaban a pasar la mercancía ‘comprando’ a la guardia venezolana. Según

la protagonista de esta historia, el problema no eran los uniformados, sino la falta de objetos para llevar y ofertar en Colombia.

La producción venezolana cayó a niveles inimaginables y la política gubernamental cerró las puertas de mercados como el colombiano, principal importador.

La situación de esta familia venezolana comenzó a cambiar. “Por eso cuando pedí ayuda me colaboraron al comienzo, pero ya después no había para nadie”, recuerda.

Esto comenzó a deteriorar no solo su economía, sino su relación. “Ramiro solo pensaba en buscar plata como fuera, esa era nuestra prioridad y nos olvidamos hasta del amor, porque amor con hambre es como el dicho: ‘redondear la arepa’, primero el estómago”.

Se fue y no volvió

Esta situación puso a la familia en un dilema que llevó a Ramiro a buscar nuevos rumbos. “Dijo que se iba para donde su familia en Pereira y que apenas estuviera con trabajo mandaba por nosotros y todavía lo estoy esperando”, cuenta Marleny.

Él se ubicó en la tierra donde nació. Los primeros meses, además de comunicarse a diario, enviaba dinero. Debido a la fuerte devaluación del bolívar, los pesos colombianos permitían rendir la plata, como lo recuerda esta mujer: “Así nos mantuvimos un tiempo, no había todos los productos para comprar, pero sí lo necesario para mis hijos y yo”.

A los ocho meses las cosas comenzaron a cambiar. Las llamadas fueron más escasas y las palabras de cariño desa-

parecieron. Extrañada, le reclamó en varias oportunidades. “Le decía que si tenía otra me lo dijera, sabía que él no iba a aguantar estar sin la ‘cocoya’ y, vea, se fue muriendo todo”.

Al año, dice la mujer, la situación era insoportable. Las llamadas y la plata se acabaron y comenzó a vivir un calvario: “Ver a dos niños aguantar hambre es lo peor, por eso empecé a buscar trabajo en lo que fuera. Iba por el comercio buscando qué hacer y me ofrecían hacer limpiezas y cargar bultos y a veces hasta me ofrecían plata por sexo”.

Su dignidad no le permitía llegar a los extremos de vender su cuerpo, pese al hambre y la necesidad. Todavía recibían algo de ayuda del gobierno, pero era muy poco, y su afinidad con los chavistas era cada vez menor. Para entonces muchos chavistas ya eran opositores a la fuerza. El hambre y la falta de oportunidades laborales los llevaron a niveles insospechados. “Ni en la época de Carlos Andrés Pérez o Caldera estuvimos tan mal”, narra.

Y vinieron las protestas

El hambre llevó a la gente a protestar en las calles. No eran exactamente opositores políticos, solo pedían solución a los problemas más elementales: comida y medicinas.

Marleny relata que gente del barrio y del municipio comenzaron a salir a las calles, hacían cacerolazos, hasta que los llamaron pitiyanquis, oligarcas, imperialistas, traidores a la patria. “Todo porque teníamos hambre, y mucho más nuestros hijos”, apunta.

Para entonces comenzaba el tercer periodo del gobierno de Chávez; la situación era cada vez peor y a eso se suma-

ba la enfermedad del “comandante”. Según el gobierno central, la situación caótica del país era mayor en los municipios y parroquias donde mandaban los opositores. De ahí que San Cristóbal fuera considerado un fortín de la oposición y se incrementaran los operativos de represión a todo tipo de protesta.

“Una vez nos cogieron con gases y perdigones y, bueno, a mí me iba matando ese gas. Uno no puede entender cómo la guardia le hace eso a su misma gente, su misma sangre, pueden ser hijos de ellos los que estén ahí”, se queja esta mujer. Muerto Hugo Chávez en 2013, llegó un halo de esperanza, como ella afirma. Los venezolanos que querían un cambio vieron una luz al final del túnel, “hasta que dijo que votaran por Nicolás Maduro, ahí nos jodimos”.

Con la llegada de Maduro al Palacio de Miraflores en abril de ese año, todo se convirtió tinieblas. “Era otro Chávez, pero bruto”. La situación de caos no cambió. Por el contrario, crecieron las protestas y la oposición venezolana buscó otras estrategias.

Una de ellas fue obtener, a través de los votos, el poder de la Asamblea Nacional. “Cuando vimos que los diputados eran de mayoría opositora volvió la esperanza”. Pero poco a poco eso se fue desvaneciendo al notar que sus vidas pendían de las decisiones del presidente.

El remoquete imperialista contra Estados Unidos y Colombia volvió a estar a la orden del día en la agenda de gobierno del vecino país. Se buscó como chivo expiatorio a los colombianos de la frontera que en el 2015 comenzaron a ser expulsados de tierras venezolanas. “Y si éramos muje-

res o familiares de colombianos también nos comenzaron a amenazar ‘o se van o los sacamos’”.

Esta advertencia puso la puso junto a sus hijos en una encrucijada: “se van para donde puedan o se someten a todo tipo de vejámenes por parte de la guardia venezolana o los colectivos chavistas. Decidimos irnos a buscar algo antes que morir de hambre”.

Primera estación

La primera estación fue Cúcuta. A comienzos de 2016 partieron a la capital de Norte de Santander (Colombia). Con un bolso con ropa y los niños con un juguete viejo. Diosymar con un *Transformer* con el que decía que iba a liberar a Venezuela, y Yubimar con una muñeca de trapo que le regaló su padre, al que todavía extrañaba a pesar del abandono.

“Allá nos ayudaron en una casa de paso de la Diócesis, nos dieron techo y comida y nos sentíamos tristes de abandonar nuestra casa, pero tranquilos porque pese a todo estábamos juntos y teníamos comida”, relata esta madre.

Después de buscar empleo, Marleny conoció a una mujer que le contó que había pasado por algo parecido y que trató de buscar trabajo, pero le fue escaso, que en esa ciudad era más rentable vender el cuerpo.

Sola, y junto a sus hijos, lo pensó una y mil veces. Jamás se imaginó que siendo de un país supuestamente rico tuviera que salir a ejercer la prostitución para llevar comida a su hogar. Recordó cuando en su propio San Cristóbal también le ofrecían dinero por sexo, pero nunca aceptó. “Pasaron

los días y a pesar de recibir la ayuda, las necesidades eran muchas”, dice.

Un día el desespero no le dejó otro camino y le pidió a su ‘amiga’ que la llevara al bar donde trabajaba. Cuenta que estaba asustada, que no imaginaba cómo era estar con otro hombre que no fuera Ramiro, y además, se sentía usada.

El dueño del bar en el sector del El Salado que tenía unas habitaciones de mala muerte en la parte trasera, me dijo como era el negocio: “Usted cobra lo que quiera, pero aquí el promedio es entre treinta y cinco mil y cincuenta mil pesos, usted me da diez mil por la pieza”.

Esas palabras le produjeron escalofrío. Pese a que nunca había vendido su cuerpo, no lo demostró, temía que por su edad la pudieran rechazar. “Después de los cuarenta ya nos consideran viejas, a los hombres les gustan las carajitas”, expresa.

Luego de una hora en el bar y en mitad de un mar de nervios, su amiga le brindó un trago de aguardiente para que calmara la ansiedad, lo que la tranquilizó un poco.

Hacia la medianoche, un hombre que se encontraba solo la invitó a la mesa. Le preguntó si quería tomarse un trago. A pesar del miedo que le producía la situación, aceptó. El hombre, de contextura gruesa y voz pausada, le preguntó su nombre. Esto la desubicó. Ni por un instante se había imaginado que en ese trabajo todas las prostitutas tienen un seudónimo. “Había visto una película colombiana que me gustó y le dije ese nombre: Ilona”.

El hombre, de unos 58 años, no le creyó mucho, pues parecía un nombre de niña, no de una mujer de 46 años.

Sin embargo, poco le importó, pues más que buscar una amiga pretendía una buena noche de sexo.

Luego de tomarse un par de tragos y hacerle gastar otra botella, como le sugirió el dueño del bar, le preguntó que cuánto le cobraba por el rato. La Ella comenzó a temblar y le respondió que 50.000 pesos. Este le pidió rebaja, pero al escuchar las palabras de Marleny no lo dudó un segundo: “Esta es la primera vez que me acuesto con un hombre después de mi esposo”.

Esa noche, su debut fue el soñado para quien está metida en el mundo de la prostitución, pero para esta mujer fue todo un tormento. Pasó por manos de cinco hombres, la mayoría transportadores y ayudantes que buscaban descargar la jornada laboral entre las piernas de una mujer.

A las 3:00 a. m. cerraron el bar por la llegada de la Policía. El dueño del lugar estaba feliz con el trabajo de la venezolana, pues había ganado 50.000 pesos sin mover ni un dedo, más el consumo del licor. Incluso, la felicitó por haber logrado tanto durante su primera noche y le dijo que ojalá pudiera ir a diario.

Para entonces, ya había conseguido un cuarto donde vivir con sus dos hijos, que trataban de acomodarse a la vida en otra ciudad, en otro país, mientras lloraban y pedían que se devolvieran a San Cristóbal.

Pero no podían regresar, además de no tener cómo vivir, no quería exponerse a vivir de la prostitución en su ciudad. Por esto continuó asistiendo al bar y se sometió a vender su cuerpo en este nuevo lugar.

Pasados cinco meses, la situación en Venezuela era cada vez peor. Las calles estaban llenas de opositores pidiendo

la salida de Maduro y los chavistas del poder. La represión y la falta de alimentación y medicinas obligaron a que más de trescientas mil personas buscaran en Colombia un lugar de refugio o de paso a otros países.

“Y ahí fue que Cúcuta se invadió de putas”, dice. Muchas trabajadoras sexuales emigraron de diferentes ciudades fronterizas y hasta de la capital, Caracas. Buscaban dónde ganarse la vida, pues el oficio más antiguo del mundo ya no era rentable en su país.

“Llegaron un poco de muchachas a buscar chamba (trabajo)”. Las jóvenes entre los catorce y dieciocho años fueron recibidas por los prostíbulos en Cúcuta y otros municipios del Departamento.

Segunda estación

Para finales de 2016, tanto las prostitutas venezolanas como las colombianas, consideradas ‘veteranas’, comenzaron a sufrir la indiferencia de los clientes, incluso, bajando la tarifa, era difícil conseguir clientes.

Por ese motivo, Marleny tomó la decisión de buscar un mejor lugar para ejercer su nuevo oficio: se trasladó a Ocaña, luego de la recomendación de una compañera. En enero del 2017 llegó a ese municipio, el segundo de Norte de Santander, con 120.000 habitantes.

Mientras se ubicó con sus hijos, encontró hospedaje en la casa de una amiga en un barrio del sector norte. Con los ahorros alquiló una casa por la que pagaba 250.000 pesos el mes en arriendo.

De inmediato se pusieron en contacto con un proxeneta de la zona, conocida por establecimientos como bares y billares, quien les explicó cómo era el negocio: El dueño cobraba un porcentaje por cliente y ellas debían marcharse a unas residencias a prestar el servicio de habitación por horas, que debían ser canceladas con antelación.

Así esta madre entró a las ligas menores de la prostitución, pues al igual que en Cúcuta, las jovencitas venezolanas ya habían invadido el mercado local. Sin embargo, la oferta es más reducida en Ocaña que en la capital del departamento, y gracias a ello Ilona tuvo sus primeros clientes: “Vienen desde carajitos hasta personas adultas, les gusta mucho a los jóvenes que las prostitutas les quiten la virginidad y los viejitos a que les revivan la pasión”.

Trabaja con más fuerza los fines de semana, pero a diario sale al rebusque. “Me parqueo en la esquina del mercado, en el sector que llaman el Ganadero, a esperar clientes”, dice. Allí puede estar toda la noche sin que aparezca un necesitado de placer.

Las jóvenes que deambulan por el lugar en shorts y blusas cortas atraen a vendedores, transeúntes y visitantes. Son mujeres que no superan los diecisiete años, de rostros angelicales y un caminar muy particular. Además, el tono de voz y la jerga que utilizan llaman la atención de los moradores.

La mayoría de hombres, como ella cuenta, buscan a las más jóvenes porque las ven más bonitas, pero son las más trajinadas porque todos las quieren: “gallina vieja tiene mejor sabor”, comenta con sarcasmo.

La esperanza es lo último que se pierde

Han transcurrido más de dos años desde que inició esta travesía de Marleny con sus dos hijos a cuestas. Su vida no es la mejor. Hoy mira las noticias y no ve un cambio sustancial en su país. Dice que los amagos de diálogo entre gobierno y oposición no tienen futuro: “Por eso no me hago ilusiones de que pronto voy a regresar a Venezuela, pero eso no me quita la esperanza”.

Diosymar y Yubimar asisten a una escuela local. Los ingresos de su mamá alcanzan para pagar parte del arriendo, comer lo necesario y suplir, en parte, las demás necesidades.

Es sábado por la noche, miro desde unos cien metros a Marleny —o a Ilona—. Está parada en la esquina que llaman “caliente”. Está junto a dos mujeres más jóvenes que, pese al frío de las 11:30 p. m., visten prendas ligeras. Por el lugar pasan vehículos que les pitan o les hacen señales obscenas. Ellas ríen mientras tratan de mostrar algo de sus atributos físicos.

Una hora después, una camioneta de alta gama se detiene y desde su interior alguien les habla por unos minutos. Las dos amigas de Ilona suben al vehículo y desaparecen. Ella queda sola, a lo lejos se ve su cara decepcionada. Pensará que, al día siguiente, domingo, habrá poco para ofrecerles a sus dos hijos.

Días después vuelvo a entablar esta conversación. Esta mujer venezolana aún tiene la mirada triste, dice que su vida se partió en dos desde que en su país es más importante el poder que las necesidades de la gente. “No sé a

quién odiar más, a Maduro, a mi exesposo, a la sociedad, a la vida o hasta a Dios, porque esto no lo puede vivir un ser humano, exponerse a tanto dolor”, comenta con tristeza.

Sus palabras son el sentir de muchos compatriotas que salen por la frontera con Colombia, huyendo de sus necesidades para encontrarse con otras. Pese a que agradecen que puedan al menos ganarse la vida, quisieran saber que su futuro está en el lugar donde nacieron. Marleny cada vez más se parece al vallenato: “Mujer marchita, sola entre la multitud que comercia con tu amor, al irse tu juventud, baja tu valoración”.